

Hannelore Cayre

La Madrina

Traducción del francés de
Susana Prieto Mori

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Índice

1 El dinero es el Todo	11
2 Contadnos: ¿qué habéis visto?	48
3 Para la judía intrépida nada es imposible	59
4 Camaleón que rueda bizco se queda	132
5 Dentro de una hora todavía tendrás hambre	167
6 Hablar no hace que cueza el arroz	191
Mambo	239
<i>Agradecimientos</i>	243

A mis hijos

El dinero es el Todo

Mis padres, que eran unos defraudadores, amaban visceralmente el dinero. No como una cosa inerte que se esconde en una caja fuerte o se posee inscrita en una cuenta bancaria. No. Como un ser vivo e inteligente que puede crear y matar, dotado de la capacidad de reproducirse. Como algo formidable que forja los destinos. Que distingue lo hermoso de lo feo, al perdedor de quien tiene éxito. El dinero es «el Todo»: la síntesis de todo lo que se compra en un mundo donde todo está en venta. Es la respuesta a todas las preguntas. Es la lengua anterior a Babel, que reunió a toda la humanidad.

Hay que decir que lo habían perdido todo, incluido su país. Ya no quedaba nada del Túnez francés de mi

padre ni de la Viena judía de mi madre. Nadie con quien hablar patuet ni yidis. Ni tan siquiera ningún muerto en un cementerio. Nada. Borrado del mapa, como la Atlántida. De modo que unieron su soledad para ir a enraizarse en un espacio intersticial entre una autopista y un bosque, con el fin de construir allí la casa en la que yo crecí, llamada pomposamente «La Propiedad». Un nombre que confería a aquel siniestro terreno el carácter sagrado e inviolable del Derecho: una especie de garantía constitucional para no verse nunca más expulsados. Su propio Israel.

Mis padres eran metecos, rastacueros, extranjeros. *Raus*¹. Con una mano delante y otra detrás. Como todos los de su especie, no habían tenido mucha elección. Abalanzarse sobre el primer dinero que se presentase, aceptar cualesquiera condiciones de trabajo o bien meterse en chanchullos desmesurados, apoyándose en una comunidad de gente como ellos. No se lo habían pensado mucho.

¹ «Fuera» (en alemán en el original). (*Todas las notas son de la traductora*).

Mi padre era jefe de una empresa de transporte por carretera, La Mundial, cuyo lema era: *Lo que quiera, donde quiera*. «Jefe», una palabra que hoy en día ya no se emplea para designar un oficio como en: ¿Qué hace tu papá? Es *jefe...*; sin embargo, en los años setenta se decía. Iba con el pato a la naranja, los cuellos vueltos de nailon amarillo con falda pantalón y las fundas de teléfono fijo con pasamanería.

Había hecho fortuna enviando sus camiones a los países llamados *de mierda* cuyo nombre termina en -án, como Pakistán, Uzbekistán, Azerbaiyán, Irán, etc. Para presentarse a La Mundial había que salir de la cárcel porque, según mi padre, solo un tipo que ha estado encarcelado quince años como mínimo podía aceptar quedarse encerrado en la cabina de su camión durante miles de kilómetros y defender su carga como si de su propia vida se tratase.

Me veo, como si fuera ayer, con un vestidito de terciopelo azul marino y mis zapatos de charol Froment-Leroyer, con motivo de árbol de Navidad, rodeada de tipos con la cara marcada llevando entre sus manazas de estranguladores preciosos paquetitos coloridos. El personal administrativo de La Mundial iba a juego. Se componía exclusivamente de compatriotas pies negros de mi padre, hombres tan maleducados como feos.

Solo Jacqueline, su secretaria personal, daba un toque de estilo al conjunto. Con su gran moño cardado en el que plantaba coquetamente una peineta, aquella hija de un condenado a muerte durante «la depuración» tenía cierta clase, fruto de su juventud en Vichy.

Aquel alegre equipo de dudosa catadura moral, sobre el que mi padre ejercía un paternalismo novelesco, le permitía enviar con total opacidad cargamentos denominados *adicionales* a sus convoyes. Así fue como el transporte de morfina base con sus amigos corsos-pies negros, y más adelante de armas y municiones, había hecho la fortuna de La Mundial y de sus empleados, pagados como reyes hasta comienzos de los años ochenta. Pakistán, Irán, Afganistán, no me avergüenza decirlo: mi papá fue el Marco Polo de los Treinta Gloriosos al reabrir las vías comerciales entre Europa y Oriente Próximo.

Mis padres vivían cualquier crítica sobre la ubicación de La Propiedad como una agresión simbólica. Tanto es así que jamás hablábamos entre nosotros del menor aspecto negativo del lugar: del ruido ensordecedor de la carretera que nos obligaba a chillar para escucharnos, del polvo negro y pegajoso que se in-

sinuaba por todas partes, de las vibraciones que hacían temblar la casa o de la extrema peligrosidad de aquella vía de seis carriles, donde un acto tan simple como volver a casa sin recibir un choque trasero era un prodigio.

Mi madre frenaba trescientos metros antes de la verja de entrada para ser la primera en abordar el barco, con las luces de emergencia encendidas bajo un estruendo de bocinas. Mi padre, las pocas veces que estaba en casa, practicaba con su Porsche una forma de terrorismo del freno motor, hacía chillar a su V8 al bajar de doscientos a diez por hora en pocos metros, obligando a quien tuviera la desgracia de ir detrás a dar terroríficos bandazos. Cuando alguna amiga me preguntaba dónde vivía, yo me inventaba una dirección. De todas formas, nadie me habría creído.

Mi imaginación infantil nos había convertido en seres aparte: *las gentes de la carretera*.

Cinco sucesos ocurridos a lo largo de treinta años confirmaron dicha singularidad: en 1978, en el número 27, un chaval de trece años había asesinado, con una herramienta de jardinería, a sus padres y a

sus cuatro hermanos y hermanas mientras dormían. Cuando le preguntaron por qué, respondió que necesitaba un cambio. En el 47, en los años ochenta, tuvo lugar un caso particularmente sórdido de secuestro de un anciano torturado por su familia. Diez años después, en el 12, se instaló una agencia matrimonial, en realidad una red de prostitución de chicas de Europa del Este. En el número 18 se encontró a una pareja momificada. Y en el 5, recientemente, un depósito de armas yihadista. Todo esto viene en el periódico, no me lo estoy inventando.

¿Por qué toda esa gente eligió vivir allí?

Para algunos, mis padres entre ellos, la respuesta es sencilla: porque al dinero le gusta la sombra, y sombra es lo que sobra al borde de una autopista. A los demás, fue la carretera la que los volvió locos.

Una gente aparte, pues, en la mesa, cuando oíamos un chirrido de neumáticos, guardábamos silencio con los tenedores en la mano. Seguía entonces un ruido extraordinario de chatarra triturada y después una calma especial, una especie de disciplina del toque de difuntos que se imponían los automovilistas al pasar junto al batiburrillo de carnes y carrocería en que se

habían convertido quienes, como ellos, se dirigían a alguna parte.

Cuando esto ocurría enfrente de casa, cerca del 54, mi madre llamaba a los bomberos y dejábamos la mesa para *ir al accidente*, como ella decía. Sacábamos las sillas plegables y nos reuníamos con los vecinos. En general sucedía el fin de semana a la altura del 60, donde estaba instalado el club nocturno más popular de la región con sus siete ambientes. Y quien dice club dice accidentes prodigiosos. Es de locos la cantidad de gente borracha como una cuba que llega a amontonarse en un coche para morir en él, llevándose por delante a alegres familias que emprenden el camino a sus vacaciones en plena noche para despertarse frente al mar.

Así pues, las «gentes de la carretera» asistieron de cerca a una considerable cantidad de dramas con jóvenes, viejos, perros, pedazos de tripas y cerebro... y lo que siempre me ha sorprendido es no haber oído jamás el menor grito por parte de todas esas víctimas. Apenas un «*oh là là*» pronunciado en voz baja por las que llegaban tambaleándose hasta nosotros.

Durante el año mis padres se escondían como ratas entre sus cuatro paredes, dedicados a hacer cálculos

tan enrevesados como vanguardistas de optimización fiscal, acechando en su modo de vida el menor signo exterior de riqueza para así engañar a la Bestia, atraída por presas más sustanciosas.

Pero en vacaciones, una vez fuera del territorio francés, vivíamos como multimillonarios en grandes hoteles suizos o italianos, en Bürgenstock, Zermatt o Ascona, junto a estrellas de cine americanas. Pasábamos las Navidades en el Winter Palace de Luxor o en el Danieli de Venecia... y mi madre volvía a la vida.

Nada más llegar, corría a las *boutiques* de lujo para comprar ropa, joyas y perfumes, mientras mi padre se dedicaba a la recolección de sobres de papel *kraft* repletos de efectivo. Por la noche, traía frente a la puerta del hotel el Thunderbird descapotable blanco que seguía no sé cómo nuestras peregrinaciones al extranjero. Lo mismo con el Riva, que aparecía como por arte de magia sobre las aguas del lago de Lucerna o sobre las del Gran Canal de Venecia.

Me quedan muchas fotos de aquellas vacaciones fitzgeraldianas, pero creo que dos de ellas las resumen todas.

La primera representa a mi madre con un vestido de flores rosas, posando junto a una palmera que destaca como un Pschitt² verde sobre un cielo de verano. Usa la mano a modo de visera para proteger sus ojos ya enfermos de la luz del sol.

La otra es una foto mía junto a Audrey Hepburn. Fue tomada un 1 de agosto, día de la fiesta nacional suiza, en el Belvédère. Me estoy comiendo una enorme fresa Melba que nada en sirope y nata montada y, mientras mis padres bailan al son de una canción de Shirley Bassey, están tirando unos fuegos artificiales magníficos que se reflejan en el lago de Lucerna. Estoy morena y llevo un vestido Liberty de nido de abeja azul que realza el *azul-Paciencia* de mis ojos, como llamaba mi padre a su color.

El instante es perfecto. Desprendo bienestar como una pila atómica.

La actriz debió de sentir esa felicidad inmensa porque espontáneamente se sentó a mi lado y me preguntó qué quería ser de mayor.

² Marca de refresco gaseoso de fabricación francesa.